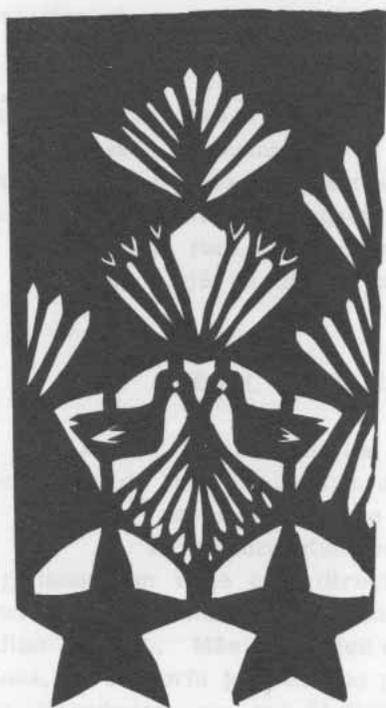


INQUILINOS EN LA HACIENDA DE SU EXCELENCIA

Tancredo Pinochet Le-Brun



1.

Excelencia, por cerca de diez meses he estado recorriendo nuestro país desde Santiago a Punta Arenas, habiendo hecho hasta ahora la mitad de mi peregrinación de estudio para completar el examen de la vida nacional desde uno a otro confín de la República.

Sin prejuicios sociales ni políticos, he llevado la mirada investigadora a todos los pliegos de la actividad nacional; no he rehusado el champagne de los opulentos, ni el mate de los humildes; he alojado en palacios y en conventillos. En Arauco, cuando me esperaba un banquete, encontré una manera discreta de comer en la ruca de un inquilino. En Coronel, en las minas de Schwager, alojé un día en el palacio del gerente y otro día

UNA VACA LIBERAL DEMOCRÁTICA

en la covacha de una familia de mineros. He estudiado las condiciones de vida del hombre de arriba y del hombre de abajo, en todas las provincias, desde Santiago hasta Punta Arenas.

Pero ahora, Excelentísimo Señor, ya de vuelta desde Magallanes, en viaje casi directo, me asaltó la idea de que no habría mirado bastante de cerca al interior de la vida del inquilino chileno. Más de alguien me contradecía ciertas observaciones. Yo habría juzgado con pesimismo, habría mirado con ojos empañados, que me hicieron llegar a la conclusión desalentadora de que el inquilino chileno es una bestia de carga, un animal, no un ciudadano consciente de una República Democrática.

Yo he dicho, Excelencia - cuando se asegura que el ochenta por ciento de Chile es liberal y que sólo un veinte por ciento es conservador - que ésta es una impostura; que la verdad es que el noventa por ciento de la población de Chile no es nada, ni demócrata, ni liberal, ni conservadora, ni radical.

EL INQUILINATO NACIONAL

Puede una vaca ser liberal democrática, Excelentísimo Señor? Puede un inquilino chileno ser conservador o radical? Puede tener ideas políticas? Puede tener orientación social? He dicho que el noventa por ciento de la población de Chile no es nada, Excelencia, o es una recua de animales, a quienes se les tiene deliberadamente en este estado de salvajismo por el torcido criterio de una oligarquía de ideas sociales rancias, que no es capaz de comprender su propia conveniencia.

Exageración, pesimismo, espíritu apocado para apreciarnos en lo que valemos me han dicho muchos, Excelencia. El inquilino del campo chileno vive bien; tiene, además de su jornal, una cuadra de terreno, comida, casa, derecho a alimentar sus animales en el fundo. Vive la gran vida de un pachá. Son miradas superficiales las que condenan su condición.

¿Habré sido yo un observador superficial? ¿No habré sido capaz de estudiar bien hondamente la condición social del inquilino chileno?

¿A DONDE IR?

Y bien me he dicho yo, Excelencia, ¿Por qué no ir a una de estas haciendas a vivir, aunque sea por poco tiempo, la propia vida del inquilino, codeándome con ellos, vistiendo como ellos, comiendo como ellos, durmiendo como ellos? ¿Por qué no ser un inquilino? Así se podrá observar mejor que dejándose mostrar el fundo por el administrador, que haría ver lo que él quisiera, que no facilitaría conversaciones privadas en que se abre el corazón. Así también el inquilino, que no le hablará al "caballero", a un enemigo, dirá todo lo que siente. Así se llegará al fondo del corazón de ese medio millón de inquilinos que nos parecen una afrenta para el país.

¿Y a dónde ir? No ha de ser a una hacienda lejana, recóndita, perdida en la cordillera, lejos de todo recurso civilizador. Ha de estar en el corazón de la República, cerca de un gran centro poblado, a la orilla de la línea férrea.

A VUESTRA HACIENDA, EXCELENCIA

¿Y quién ha de ser el propietario de ese fundo?

No un viejo del siglo pasado, no un analfabeto gruñón y recalci-trante del progreso. Ha de ser un hombre moderno, un hombre que haya viajado por el extranjero, que sepa de una vida superior para los titanes de la gleba. Si es posible, ha de ser un hombre que haya tenido que meditar hondamente en los graves problemas sociales de la patria.

Y bien, Excelencia. Ya sé cuál es esa hacienda, ya sé cuál es ese hombre. La hacienda escogida es Camarico, vuestra hacienda, atravesada por la línea férrea central, con la estación de ferrocarril allí mismo, casi al lado de Talca. El hombre escogido, el propietario de esa hacienda, sois Vos, Excelentísimo Señor, el Presidente de la República, el ciudadano eminente que maneja los destinos de la nación.

Allí iríamos el periodista y su secretario, un joven abogado, a buscar trabajo como inquilinos, vistiéndonos como tales, para poner el oído en el corazón del inquilinaje chileno.

VOY A CONDENAROS

No creáis, Excelencia, que me imaginaba que vuestra hacienda fuera la mejor, ni la peor en el país. No, en otras partes el inquilino sería un poco menos "la bestia" pero era muy apropiada vuestra hacienda para tomarla como tipo y hacer un estudio sintético.

Voy a tener que condenaros, a nombre del inquilinato nacional, con frases de fuego y os voy a hacer revelaciones que os van a sorprender tanto a Vos, Excelentísimo Señor como a todo el país. Pero lo haré sin acritud. Creed que quiero contribuir a vuestra obra, a la grande obra que os corresponde desarrollar en estos momentos en que habéis echado sobre vuestros hombros la responsabilidad suprema que pueda tomar un ciudadano chileno.

2.

Excelencia, yo no me había disfrazado jamás en la vida. A lo sumo me había puesto un antifaz en un baile de máscaras. Ahora necesitábamos mi secretario y yo disfrazarnos de inquilinos. ¿Qué hacer?

Es cierto, Excelencia, que yo he vestido por algunos meses traje de obrero, cuando fui peón de albañil en Madrid. Pero debo confesaros que - con ser verdad que el obrero está en España en condiciones inferiores a la de los obreros de todos los países europeos que he visitado - nuestro inquilino, el

inquilino chileno, no puede resistir la comparación con el obrero madrileño.

Deberíamos disfrazarnos de inquilinos. Este era un problema para nosotros. A nadie habíamos informado de nuestro propósito.

DON OSCAR RODRIGUEZ

Si se corría la voz de lo que queríamos hacer, podríamos salir frustrados en nuestro empeño.

Habríamos de disfrazarnos en Talca, la ciudad más cercana de Camarico, vuestra hacienda. En Talca, yo no tengo casa, Excelencia, ni parientes. Amigos sí, y habría que recurrir a ellos para que en el hotel no supieran de nuestro disfraz. Pusimos, en consecuencia, un telegrama a nuestro representante en Talca, pidiéndole nos esperase en la estación.

Allí estaba. Todos nuestros hombres se cuadran en el momento preciso, Excelencia.

- Un gran secreto, amigo, y un servicio además, le dije en el coche que nos llevaba de la estación al Hotel Talca. Queríamos ir disfrazados de inquilinos a buscar trabajo en la hacienda de Su Excelencia, en Camarico, para estudiar allí las condiciones de vida del inquilinato camaricano.

- Colosal idea, me dijo el señor Oscar Rodríguez,

MI CAMISA DE DORMIR

nuestro representante. Colosal.

- Se trata de disfrazarnos y no queremos salir del hotel transformados porque provocaríamos sorpresas.

- Claro. Se van a disfrazar en mi casa. No faltaba más.

- Tenemos que procurarnos ropa. Entiendo que no se venden, en ninguna parte, chupallas usadas, zapatos rotos, pantalones raídos.

- Yo me encargo de todo. Yo los transformo en pillos.

Ya teníamos, Excelentísimo Señor, un grave problema por delante. ¿Cómo vestirnos para pasar inadvertidos como inquilinos de vuestra hacienda? Si hubiéramos ido a buscar trabajo de simples peones en cualquiera hacienda yanqui, como lo hacen muchos estudiantes universitarios, no habríamos necesitado

disfrazarnos. Para trabajar en vuestra hacienda, Excelencia, sin despertar sospechas, sí, necesitábamos disfrazarnos.

- ¿Dónde voy a llevar mi camisa de dormir?, pregunto yo, ya que comprendía que no podía llegar a Camarico con maletas o baúles.

- ¿Camisas de dormir? Pero, señor, usted se delataría,

MI CEPILLO DE DIENTES

me dice el señor Rodríguez. Sería como si llevara su reloj y cadena de oro. Un inquilino no usa camisa de dormir.

- Verdad, verdad. Un inquilino, ni aún en vuestra hacienda, usa camisa de dormir, Excelentísimo Señor. Dormiríamos sin camisa de dormir, lo que para mí, Excelencia - como debe de serlo para Vos - es sumamente difícil.

- ¿Y mi cepillo de dientes lo llevaré en mi bolsillo?

- Pero qué ocurrencia contesta el señor Rodríguez. Un cepillo de dientes lo delataría a usted como si llevara sombrero de pelo. Un inquilino no usa, no conoce el cepillo de dientes.

- Verdad, verdad. Un inquilino, ni aún en vuestra hacienda, usa cepillo de dientes, Excelentísimo Señor. No nos limpiaríamos los dientes, lo que para mí, Excelencia - como debe de serlo para Vos - es sumamente molesto.

LA PEINETA

- La peineta la pondré

- Pero usted sigue incurriendo en un error, me interrumpe el señor Rodríguez. Tampoco usan peineta los inquilinos. Qué dirían de usted si llegara con una peineta? Despertaría fuertes sospechas, como si sacara un pañuelo para sonarse.

- ¿De manera que no podré sonarme? ¿No puedo llevar pañuelo?

- No. ¿No sabe usted cómo se hace?

Verdad, verdad. Yo me sonaría, como se suenan los inquilinos; lo que para mí - como debe serlo sin duda para Vos, Excelentísimo Señor - es muy penoso.

Ah Excelencia. Ibamos a hacer el papel de una entidad social ajena a la especie HOMO SAPIENS. Ibamos a ser inquilinos. Inquilinos, Inquilinos en vuestra hacienda, Excelentísimo Señor.

Nunca había pensado tan seriamente en esto, Excelencia, como ahora que tenía que disfrazarme de inquilino. Sin duda jamás habéis pensado vos, Excelencia, en esto.

EL HOMBRE SERIA BESTIA

Bien, nuestro hombre en Talca, el señor Rodríguez, quedó en terneros a la mañana siguiente temprano toda la indumentaria. Nuestro hombre sabía a la perfección cómo debía hacer.

A la mañana siguiente encontramos mi secretario y yo toda nuestra indumentaria en casa del señor Rodríguez. Yo me imaginaba la sorpresa y la emoción de una novia al entrar al cuarto donde le espera su traje albo de seda, sus azahares, su velo. La virgen experimentará emociones que ha de recordar toda su vida. La niña se va a convertir en mujer, Excelencia; el botón en rosa; la crisálida en mariposa. Yo también sentí una emoción intensa, Excelentísimo Señor. Es porque sentí, es porque comprendí que el hombre se iba a transformar en bestia.

Yo pude en el momento en que me vestía, el cubrir mi cuerpo con esos harapos de paria, sentir toda la miseria, toda la denigrante condición de sub-hombres que lleva el medio

UN ACTO FUNEBRE

millón de nuestros inquilinos, mis compatriotas y los vuestros.

Será porque estoy habituado a poner sinceridad en cada acto mío, yo no sé por qué será, Excelencia; pero os declaro que el acto de esa transformación, dentro de mi alma, era un acto fúnebre. Yo me posesionaba de mi papel, Excelencia. Es bello y alegre que muera una crisálida y nazca una mariposa; pero es triste y hace llorar, Excelencia, que muera un hombre y nazca una bestia. Y es todavía mucho más triste, ¿no lo creéis, Vos mismo, Excelencia, que dos hombres hayan tenido que morir y dos bestias hayan tenido que resucitar para ir a vuestra hacienda a trabajar, para que Vos y vuestra esposa y vuestros hijos tengáis pan y abrigo?

3.

Ved, Excelencia. Es preciso que me encontréis razón. Nos ha preguntado vuestro secretario - vuestro sobrino - por qué no he elegido a otro hacendado, para hacer este estudio

del inquilino chileno. No os explicáis por qué he querido turbar vuestra atención, Excelentísimo Señor, y no he visitado otra hacienda que no sea la vuestra, para hacer las graves revelaciones que tengo que entregar al público.

Excelencia, es cierto. Yo pude visitar la hacienda de Pedro Pérez o de Juan González, que nacieron en el campo, en el desamparado campo chileno, que nunca vinieron a Santiago, que jamás salieron de Chile, que apenas aprendieron a leer. Pero esos hombres, Excelencia, no tienen responsabilidad alguna, y aun cuando yo sacudiría la conciencia de esos hacendados, si tuviera que hacer de ellos las graves consideraciones que debo hacer acerca de Vos, Excelencia, la verdad, es que yo creo útil sacudir vuestra conciencia, vuestra propia conciencia, porque Vos, Excelentísimo Señor, tenéis inteligencia honda y corazón grande. Vos vais a comprender a fondo toda la inmensidad del problema que os estoy presentando. Vos, además, tenéis poder, y vuestras decisiones afectan no sólo al puñado de bestias de vuestra hacienda, sino a los millares de bestias de todas las haciendas de vuestra patria.

VOS TENEIS PODER

Tened paciencia; oíd todo lo que tengo que deciros, y serenamente meditad. Estáis en los comienzos de vuestro período presidencial; lo tenéis todo por hacer. Oíd. Os está hablando medio millón de inquilinos. Estos inquilinos han elegido como delegados para que os hablen a los propios sub hombres de vuestra hacienda, y éstos sub hombres a su vez, me han nombrado su secretario. No os habla un periodista. Os habla Chile rural, Excelencia, y os habla en un momento supremo en que hay que tomar resoluciones supremas.

NOS MEJORA CONSIDERABLEMENTE

Excelencia, ya estábamos vestidos como parias. La fotografía publicada en que aparecemos transformados en sub hombres para poder trabajar sin despertar sospechas en vuestra hacienda, no da una idea clara de nuestra indumentaria. Nos mejora considerablemente. Esto ocurre con frecuencia. Aun Vos, Excelencia, con tener una figura distinguida, aparecéis - me parece - notablemente mejorado en los miles de retratos vuestros que he visto desparramados por todo el país, con motivo de vuestra candidatura a la Presidencia de la República. Esa

fotografía nuestra es un pálido reflejo de nuestra andrajosa vestidura.

Cuando yo me miré en el grande espejo del ropero, en casa del señor Rodríguez, no me reconocí, Excelencia. Creía que era otro hombre. Me imagino que mi espíritu decayó; que

LA SALUDE

SUMISAMENTE

bajó al nivel de los andrajos que me cubrían.

Excelencia, Vos jamás habéis vestido andrajos, ¿no es verdad?, y no os podéis dar cuenta del sentimiento que yo experimenté. Para explicaros os diré que el señor Rodríguez no me había presentado a su señora. Probablemente para lograr el efecto de mi transformación, me la presentó cuando yo ya estaba disfrazado de inquilino de vuestra hacienda. ¿Creeréis, Excelentísimo Señor, que mi alma se había transformado de tal manera a causa de mi traje - tal es el efecto del medio físico en el espíritu - que no me atreví a extenderle mi mano a la dama? La saludé inclinándome sumisamente, tal cual lo hacen los esclavos de la gleba.

Luego comprendí que yo era actor en una comedia y cobré mi propio espíritu al salir a la calle. Entonces creí que todos me iban a seguir, que la multitud clavaría los ojos en mí, como cuando se pasea de clown o de Pierrot el primero

NO ME RECONOCIO

que sale en un día de carnaval. Nada de eso. En las calles de Talca, en la estación de Talca, a nadie llamé la atención. No sólo no me seguía nadie; nadie me miraba detenidamente siquiera. Un primo mío, el abogado Armando Vergara, que me vio en la estación, no me reconoció. Mi traje habría llamado la atención en Londres, en Berlín, en Chicago, en cualquiera aldea a cualquiera campiña de Europa o de los Estados Unidos. Pero allí no llamé la atención. Iba disfrazado de sub hombre; pero el sub hombre es una entidad social en Chile, y es una entidad social tan común que no llama la atención de nadie.

Pero principié a sentir algo raro, Excelencia, muy raro. Yo no os puedo explicar claramente esto, porque en mi mismo espíritu lo siento confusamente, principié a sentir la hostilidad de la atmósfera. ¿Cómo?, me preguntaréis. En la mirada de cada cual, en el gesto de asco que cada uno hace, sin sentirlo, sin ima-

ginarlo, sin darse la más mínima cuenta, cuando mira a un andrajoso. No sacan un pañuelo para cubrirse las narices; no hablan estos espíritus hostiles; pero es un movimiento instintivo; es un gesto imperceptible casi, un algo que insulta, que oprime, que ofusca, Excelencia. Yo no sé explicaros esto. Pero la atmósfera social se carga en toda entera de una especie de fluido que obra como veneno en mi espíritu.

Me ocurrieron cosas más tangibles que podréis comprender mejor, tal como yo las comprendí mejor.

En la boletería el vendedor me habló con rudeza. Desde luego, me trató de tú. Al pagarle tres pasajes a Camarico

NO HAY DIECES

- pues ya sabéis que yo iba con mi secretario, también disfrazado, y con un obrero de verdad, además, - tuve que pagar noventa centavos por cada pasaje. Dos pesos setenta. Pagué con tres pesos. El boleterero me dio un vuelto de veinte centavos y me dijo bruscamente.

- No hay dieces.

UN DIEZ

Y OTRO DIEZ

Vos comprenderéis, Excelentísimo Señor, que a mí no me afectaba mucho la pérdida de un diez. Soy inmensamente menos rico que Vos, Excelencia, pero por un diez, no podía hacer yo cuestión. Sin embargo, había tal desprecio en la manera cómo aquel hombre me despojaba de un diez, que sentí indignación.

Este gesto de desprecio lo sentí durante todo el tiempo que estuve disfrazado. Y he de contaros otro incidente de esta índole, que me ocurrió con posterioridad, para que apreciéis cómo se trata en nuestro país al desvalido que lleva andrajos. A mi vuelta, en Camarico, el boleterero me vuelve a decir.

- No hay dieces.

Entonces principié a comprender que se trataba del robo organizado en la boletería de tercera clase. Un diez y otro diez y otro diez, hacen muchos dieces, Excelencia. Y un boleterero mal rentado puede mejorar su renta recogiendo un diez de contribución por cada boleto que vende. En la boletería no hay la calma ni la tranquilidad que hay en un five o'clock tea; hay apuro, presión; tiene que retirarse un comprador para que se atienda

¿TIENE UD. DIECES?

a otro. Sabéis que hay orden de que sólo se abra la boletería unos minutos antes de la salida del tren. O se resigna el pobre a perder el diez, o le deja el tren. En la boletería de primera clase no ocurre lo mismo porque no es tan fácil despojar al rico como despojar al pobre.

En Talca me resigné a perder el diez. En Camarico también pude haberme resignado. Pero yo no era allí un inquilino, sino un observador social.

- Pero ñor, mi diececito me hace falta, le dije no sólo con respeto, sino con sumisión.

- ¿No te he dicho que no hay dieces?, me vociferó aquel hombre.

- Me retiré, Excelencia. Pero me acerqué a un hombre que iba a entrar a la boletería y le pregunté:

- ¿Tiene usted dieces? Si no hubiera tenido, yo le habría dado.

UNA OLA DE INDIGNACION

- Sí, tengo.

- Hágame el favor de dar dos dieces al pagar su pasaje.

Así lo hizo. Yo lo ví desde la distancia. Pero el boletero no me vio. Cuando aquel hombre se hubo retirado, me acerqué otra vez a la ventanilla de la boletería y le dije al boletero.

- ¿Qué hay, patroncito? ¿No me va a dar mi diez?

- ¿No te he dicho, porquería, que no tengo?

- Pero me hace falta.

- ¿Pero qué querís que haga, si no tengo?

Ya, Excelencia, no me importaba que me descubrieran, pues os estoy narrando algo que me ocurrió a la vuelta de Camarico. Sentí una ola de indignación. Comprendí que ese era el diez sacado día a día, hora a hora, del bolsillo del pobre, que era la estafa cotidiana hecha al humilde.

- Sí, le dije, clavándole los ojos. Sí, usted tiene dieces. Usted acaba en este propio instante de recibir dos dieces. Están allí en su caja. Yo los puedo sacar si quiere. Usted está

ME DIJO "SEÑOR"

estafando día a día al pobre y no se lo tolero.

Mi voz era fuerte, era un latigazo dado a un estafador. En mi lenguaje, en mi mirada, aquel boletero vio a algo más que a un inquilino. Y la prueba es que en vez de tutearme, me dijo "señor", y me dio el diez, el que yo le tiré por la cara en medio del más severo reproche.

Excelencia, cada gesto, cada mirada de los otros a mí, era un pisotón de una clase privilegiada a una raza esclava. Oh, Excelencia, si Vos también os hubiérais disfrazado conmigo de inquilino y hubiéramos ido juntos a vivir la vida de parias.

4.

Vos no habéis viajado nunca en carro de tercera, Excelencia. De esto no estoy absolutamente convencido. Yo no conozco bien vuestra vida, y cuando menos se imagina se encuentra uno con una sorpresa. ¿No se extrañó todo Chile cuando en la última campaña presidencial los conservadores atacaron a don Javier Angel Figueroa porque era masón, y resultó que él no lo era, y Vos, sí Excelentísimo Señor? Por eso yo no puedo asegurar nada acerca de Vos; pero sinceramente creo que jamás habéis viajado en carro de tercera. Yo sí, Excelencia, muchas veces. He viajado en carro de tercera, en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en España. Pero en Chile sólo he viajado en carro de tercera para ir a vuestra hacienda.

Excelencia, tal vez Vos os habéis asomado al interior de un carro de tercera chileno, y os habéis asomado también a un carro de tercera ingleses o alemanes, son mejores que los de

LOS CARROS DE TERCERA EXTRANJEROS

primera chilenos. Pero sin duda Vos no habéis pensado detenidamente en el carro de tercera que destinamos a los sub hombres de nuestra patria.

Os diré algo, Excelencia. Tienen la misma superficie y la misma capacidad cúbica que los carros de primera y éstos están destinados para sesenta y dos pasajeros, mientras los de tercera son para ciento treinta.

De esto resulta, desde luego, que la tarifa no es tanto más baja en tercera clase como en primera, si se considera

el peso de arrastre y el lugar ocupado por cada pasajero. En tercera clase hay cuatro hileras de bancos largos, de madera, sin espacio para moverse.

El trato que reciben los pasajeros de tercera es

ALCOHOLISMO FISCAL OBLIGATORIO

trato de perros, de animales, no de hombres. Esto no lo podéis imaginar, Excelencia, si no observáis como lo he hecho yo.

El carro de tercera, Excelentísimo Señor, es, además, una cantina alcohólica fiscal y obligatoria. ¿Cómo así?, pensaréis. Muy sencillamente. En tercera clase no se pone agua para que beban los pasajeros, y en estos días de horrible calor, el cantinero pasea las botellas de cerveza ante los ojos de los sedientos. Así os explicaréis, Excelencia, que habiendo ido temprano, en la mañana, en viaje a vuestra hacienda, con ese gran calor, con esa inmensidad de sub hombres en el carro, el propio calor hiciera a cada uno pedir una botella de cerveza.

En el carro, Excelencia, hay que confesarlo, no hay ningún letrero que diga: "Se obliga a beber cerveza y se hace bajar en la próxima estación al que no consuma".

Ese letrero no está, creo yo, porque no se necesita. Todos tienen que beber; hay sanción automática. Más aún, Excelencia; sabéis que se ha dictado una ley de cierre de cantinas.

SANCION AUTOMATICA

Todo el mundo debe cerrar sustabernas, el domingo; pero el Fisco no cierra esta cantina alcohólica obligatoria, los domingos.

Luego que ya estábamos un rato en el carro, principiámos a sentir una gran pesadez en la frente. Era, Excelencia, que la atmósfera estaba muy cargada. Esos carros no se han construído tomando en cuenta la capacidad respiratoria del sub hombre que está llamado a transportar. Los carros para transportar vacunos o caballares han sido construídos consultando la ventilación necesaria, y en vez de ventanas tienen rejillas a ambos lados para la libre circulación del aire. En los Estados Unidos, en Europa, donde construyen esos carros, conocen a los caballos y a las vacas y han podido determinar la renovación necesaria de aire para cada tantos animales que contiene el carro.

LA ETERNA CANTINELA

Chile ha mandado hacer estos carros de tercera, que no se hacen para ningún otro país del mundo; ha tenido que explicar que no son para hombres, ni para caballos sino para una especie animal especial, el sub hombre. Este sub hombre no existe allá donde construyen carros y locomotoras; Chile no mandó ejemplares, y por eso tenemos carros hechos así, de memoria, para algo que allá no entenderán bien qué es. Para transportar salvajes, han de creer.

Excelencia, me vais a decir, ¿pero cómo se pueden hacer carros mejores para individuos que no tienen hábitos de limpieza, que no sabrán ni siquiera cuidar debidamente de ellos? Ah, es la eterna cantinela de los hacendados chilenos que hacen dormir a sus inquilinos en pocilgas. Dicen que no están preparados para vivir en casas. ¿Podréis aprender a nadar, Excelencia, sin entrar al agua? ¿Si mantenéis y educáis a vuestros hijos en el fango, creéis que delirarán por su baño diario?

El medio educa, Excelencia. Nosotros creemos que sólo educa la escuela y, en mi concepto, es la que menos educa en nuestro país. El medio forma hábitos, hábitos superiores y hábitos inferiores, según los casos. El carro de tercera es una escuela ambulante que tiene el Gobierno para crear y fomentar los hábitos inferiores del pueblo. Si yo os dijera otras cosas que no pueden decirse desde las columnas de nuestro diario, os convenceríais de que el carro de tercera es una institución

EL MEDIO EDUCA

nacional de abyecciones que va desde la Pampa hasta Puerto Montt; es, además, la fijación, el sello oficial que da nuestro Gobierno a la casta de sub hombres, a la cual quiere perpetuar como una variedad de la especie humana, y a quienes nosotros íbamos a visitar en vuestra hacienda, en vuestros propios campos, en los campos de Su Excelencia, el Presidente de la República.

5.

Bajamos, Excelencia, en la estación de Camarico. No llamamos la atención de nadie. En ninguna parte llamábamos la atención de nadie. No nos fuimos a vuestra morada de veraneo.

No nos fuimos a la casa de vuestro administrador. En verdad, queríamos lograr de él que nos diera trabajo como simples inquilinos afuerinos. Pero si nos negaba trabajo, deberíamos salir inmediatamente de vuestra hacienda y no tendríamos ocasión de observar nada. Dejaríamos la visita a vuestro administrador para el último momento, cuando hubiéramos observado y estudiado cuanto encontrábamos a nuestro alrededor.

Vuestra hacienda es grande Excelencia, tiene mil setecientas cuadras, muchas de ellas tristemente abandonadas. Dos paralelas de acero, los rieles de la línea central, la recorren en toda su extensión. A lo largo de la línea iba una mujer que llevaba a la espalda un gran saco lleno de no sabemos que. Nos acercamos a ella.

- ¿Usted es de aquí?

- Sí

- ¿Podremos encontrar trabajo en esta hacienda?

- Difícil me parece, porque han estado despidiendo mucha gente.

La mujer nos hablaba secamente, Excelencia. Mi secretario, queriendo hacerse grato, le ofreció llevarle el saco, que ella le entregó de buen grado. Seguramente, Excelentísimo Señor, nunca habría ido antes a lo largo de vuestra hacienda un abogado vestido de inquilino con un enorme y pesado saco al hombro. Caminábamos lenta, pesadamente. Ya la conversación con la mujer se hizo más fácil.

- ¿Quién es el dueño de esta hacienda?

PEDIMOS

UN PISO

- Don Juan Luis Sanfuentes

- ¿Quién es ese caballero?

- El Presidente.

Nosotros representábamos el papel de inquilinos afuerinos, y así como debíamos ir sin cuello, sin corbata, era necesario que no supiéramos quién era el Presidente de la República.

- ¿Es bueno ese caballero?

La mujer contestó con un sí muy arrastrado. Uno de esos síes que quieren decir no, Excelencia.

- ¿No podríamos hablar con un mayordomo?

- Sí, Don Reyes está en Los Maquis.

Caminábamos, Excelencia, hacia el sur, y Los Maquis

quedaba un poco retirado, para el suroeste. Vos conocéis bien la topografía de vuestra hacienda y no necesitáis de muchas explicaciones. Acompañamos a la mujer hasta la casa y le pedimos un poco de agua y un piso para sentarnos a descansar.

UN EXTERIOR AGRADABLE

Las casas de esas familias de inquilinos, que todos los viajeros ven desde las ventanillas del tren, tienen un exterior agradable que está por encima del rancho tradicional, que es una caricatura de la ruca araucana. Se compone de un dormitorio, donde duerme en promiscuidad toda la familia, y otra pieza que es una especie de bodega, donde se revuelven en confuso montón, monturas, frenos, ollas. Las piezas no están entabladas ni en el piso, ni en el cielo; las murallas no están ni pintadas, ni empapeladas, ni siquiera enlucidas. El dormitorio es oscuro, sin ventilación, de mal olor. La gente come en el suelo; los chiquillitos, semi desnudos, pululan como animalitos domésticos.

Excelencia, esta primera impresión que recibí en la casa de uno de vuestros inquilinos, que han vivido allí años de años, fue desalentadora. Yo conozco la vida del campo en los Estados Unidos. Allá he vivido entre campesinos modestos; he conocido allá al ínfimo trabajador del campo, que equivale a nuestro inquilino de aquí, y podía comparar con pleno conocimiento de causa.

Sin embargo, ésta era una impresión ligera; ésta era la observación rápida que hacía en un momento de descanso. Salimos de esta casucha y seguimos en dirección a Los Maquis.

Nos encontramos en el camino con un grupo de hombres que volvían del trabajo y que se dirigían a casa del mayordomo a buscar su ración. Yo, Excelencia, creía que me había vestido demasiado andrajosamente. Ya os he dicho que buscamos los andrajos más insultantes para cubrirnos.

ERAN MAS ANDRAJOSOS

Y ahora me desengañaba; no me había puesto al nivel de los inquilinos afueranos de vuestra hacienda. Ellos eran más andrajosos que yo.

Nos agregamos mi secretario, el abogado señor Mario Leniz Prieto, y el obrero que nos acompañaba, al grupo de

afueranos. Eramos un rebaño sub humano que caminaba lentamente en la gran marcha de sol de vuestra hacienda.

Deben de ser muy interesantes, Excelencia, las entrevistas que tenéis con vuestros Ministros, con eminencias como don Cornelio Saavedra. Convenido. Pero no carece de interés una conversación en el corazón de vuestra hacienda, mantenida por inquilinos humildes que trabajan para Vos.

Yo me junté a uno de ellos. Todos sabían hablar, Excelencia, y daba lo mismo juntarse a cualquiera.

¿DONDE DUERMEN ?

- ¿Habrá trabajo aquí?
- No, están despidiendo afueranos.
- Cuánto ganan?
- Nos pagaban uno treinta. Ahora nos dan uno.
- ¿Qué dan de comer?
- Una galleta en la mañana, un plato de porotos a medio día, y otra galleta en la tarde.

- ¿Dónde duermen?

- Allá.

- ¿Dónde?

- Allá

Y mostró el montón de paja al lado de la trilladora.

- ¿Cuántos duermen allí?

- Como veinte

A PLENO CAMPO

- Así, ¿a pleno campo?

- Claro.

Así es, Excelencia. Se trabaja en vuestra hacienda de sol a sol. Se come un pan de desayuno, sin café, ni té, sin agua caliente; un plato de porotos a medio día, sin pan; y otro pan al concluir el día. Después de esto, la bestia humana de vuestro campo no va a un dormitorio a desnudarse; se tira en un montón de paja a toda intemperie, y al día siguiente se levanta, sin lavarse, desperezándose y principiando de nuevo a trabajar de sol a sol y comer una galleta en la mañana, otro plato de porotos a medio día, y otra galleta al declinar la tarde.

Hoy no comentamos esto, Excelencia, lo comentaremos mañana, advirtiéndooos desde luego que esto no es, ni con mucho, lo más grave que ocurre en vuestra hacienda.

¿Excelencia, os habéis detenido alguna vez a la puerta grande que tienen al fondo los Padres Franceses en Santiago? Allí reparte un sacristán las sobras de la comida a la gente desvalida y hambrienta del barrio. Si os habéis detenido, habréis sentido trizaduras en el alma. Allí hay mujeres harapientas, de rostros escuálidos, que van con ollas en sus manos a recoger las sobras que el bueno del sacristán distribuye de un gran fondo escarchado. Es un cuadro triste, horriblemente triste, Excelentísimo Señor, es un cuadro que triza todas las almas. Las que allí van son mujeres de hombres sin trabajo, mujeres abandonadas de la mano de Dios.

ES MUCHO

MÁS TRISTE

Es mucho más triste, Excelencia, detenerse al frente de la casa de vuestro mayordomo, cuando su mujer reparte a medio día la comida a los inquilinos de vuestra hacienda. Un gran fondo, grande como el de los Padres Franceses, está allí en el suelo, lleno de porotos. Nosotros, que nos acercábamos a la hora del reparto, teníamos también hambre, Excelencia, mucha hambre, y debo confesaros que el gran fondo de porotos donde la esposa de vuestro mayordomo hundía el cucharón, nos apagaba el apetito.

Llegó primero uno, cansado, extenuado, con un cacharro en sus manos. Iba a buscar su ración. La mujer lo miró. Necesitaba reconocerle; tenía que ver que no fuera a pedir comida quien no hubiera trabajado. Le llenó su cacharro. No le dio nada más, no le dio pan; ni una rebanada de pan, Excelencia. El hombre se fue con paso lento, extenuado, sin proyectar casi su cuerpo una sombra en el suelo porque el sol azotaba sus rayos quemantes directamente sobre su cabeza.

EL BATALLON

DE LA MISERIA

Otro hombre llegó, Excelencia. La misma mirada de la mujer del mayordomo, el mismo hundirse del cucharón y llenarse el cacharro y con paso lento, extenuado, como de aflicción, se retiraba el sub hombre bañado en un chorro de sol. Y otros y otros y otros. Era el desfile de la miseria. Era

el batallón de la pobreza.

Estas nos eran las esposas de hombres sin trabajo, como las que van a recoger las sobras del sacristán en Santiago. Estos eran hombres que habían trabajado de sola sol en la hacienda del Presidente de la República; estos eran hombres en la plenitud de la vida, del vigor de los músculos, hombres que habían llegado al vértice superior de su eficiencia; que ya más tarde nada podrían exigir de la sociedad, que no fuera una cama en un hospital.

¿Y adónde iban esos hombres? No iban a ninguna casa, no iban a ningún comedor, no iban a sentarse a ninguna mesa, en ninguna silla. Iban a tirarse al suelo, a comer en pleno campo, tendidos, botados, como bestias, como cerdos que hociquean el lodo.

ESTE ERA VUESTRO MAYORDOMO

Nos llegó nuestro turno, Excelencia. También nosotros pedimos nuestra ración. No habíamos trabajado y no teníamos derecho a ella. Justo, muy justo. Pagamos por ella y nos sentamos allí mismo a comer la ración de vuestro inquilino. Eran porotos cocidos, con mote, con agua y con sal. Mantequilla no tenían; manteca no tenían, grasa no tenían, sebo tampoco. Estaban buenos, Excelencia, muy buenos.

- ¿Los habéis probado, Excelentísimo Señor? Estaban exquisitos. Pero también pedimos pan y pedimos huevos, pagando por todo, Excelencia.

El mayordomo y la mujer del mayordomo y los hijos del mayordomo, comían a nuestro alrededor. No se sentaban a ninguna mesa; comían en el suelo. Y éste no era un inquilino, Excelencia; éste era vuestro mayordomo.

NO SE COME PAN

Tez morena, bien morena, mirada inteligente y dulce, con el corazón en los ojos vuestro mayordomo, Benjamín Reyes, conversó solícitamente con nosotros.

- ¿Cuánto gana un inquilino en esta hacienda?, le pregunté.

- El de afuera, un peso; el de aquí, sesenta centavos.

- ¿Cuánto terreno les da la hacienda a los de aquí para sus cultivos personales?

- Media cuadra.
- ¿Consiguen economizar algo? ¿Hay alguien que haya ahorrado algún dinero?

El mayordomo se ríe, Excelencia.

- Qué ocurrencia, contestó, ni alcanza lo que se gana para medianamente vivir.

- ¿Tiene otro pedazo de pan, señora?, preguntó mi secretario.

- No, dijo la mujer. Les he dado todo lo que por casualidad había. A esta hora no se come pan.

El pan de vuestra hacienda no era bueno, Excelencia. Era hecho todo de harina de maíz. Pero nosotros lo hallábamos bueno, como los porotos. Esta vez me he convencido, Excelencia,

ES LO MAS

DESESPERANTE

de que el hambre es el mejor condimento de las comidas, y vale más que un cocinero francés.

Mientras yo comía, Excelentísimo Señor, botado en el suelo de vuestra hacienda, cubierto de harapos, meditaba en la honda significación de todo lo que observaba. Os he dicho, - Vos lo habéis visto, Vos lo sabéis - que vuestros inquilinos no viven la vida de hombres, que no usan ni las prendas más elementales que la civilización exige a los obreros de la ciudad. Podría ser un consuelo para el observador el pensar que estos hombres están trabajando denodadamente, en medio de sacrificios cruentos, para que sus hijos o sus nietos lleven una vida mejor.

Pero no hay tal, Excelencia. Esto es lo más desesperante. El inquilino chileno no avanza; está estagnado. En muchos casos retrocede.

Veamos. Cuando Vos, Excelentísimo Señor, estábais recién nacido, llegaba probablemente al ocaso de la vida vuestro abuelo. Os he dicho, Excelencia, que conozco poco de vuestra historia, y debo suponer que vuestro abuelo tenía también

EL AÑO

CINCUENTA Y SIETE

una hacienda. Sabéis Vos, Excelencia, que por lo general una hacienda es el cerebro de los grandes hombres de Chile. El año cincuenta y siete ganaba el peón afuerano treinta centavos en la hacienda de vuestro abuelo y el nieto de ese peón afuerano gana

sesenta centavos en los campos del nieto de aquel hacendado.

Ahora bien, Excelencia, Vos sabéis que no se puede hablar del peso chileno como de una unidad de medida. El peso chileno no tiene valor fijo; su poder adquisitivo ha ido en constante descenso. De manera que, para que se entienda bien, debemos ver cuántos peniques ganaba el peón afuerano de vuestro abuelo, y cuántos peniques gana vuestro peón. El penique es una moneda honrada; el peso chileno, no. El inquilino de vuestro abuelo ganaba catorce peniques y diecinueve décimos, y vuestro peón gana cinco peniques diez décimos.

Gana ahora vuestro inquilino, Excelencia, casi un tercio de lo que ganaba dos generaciones antes. ¿Lo véis bien claro? Económicamente, no hay esperanzas para el sub hombre de la gleba. Su destino está fijado: su curva es de descenso, de inflexible descenso. Han sufrido esas bestias, han tenido hambre, han dormido y comido botadas en el suelo, sin esperanzas de que se junte bastante dinero en caja para que los nietos compren pañuelos de narices o peinetas. En ese mismo espacio de tiempo, el

UN INFLEXIBLE DESCENSO

agricultor chileno, el hacendado, ha llenado a Santiago de palacios y automóviles, no como fruto del talento con que ha trabajado sus haciendas, sino de la forma en que ha explotado a los esclavos de la gleba.

Más aún, Excelencia, no sólo hay degeneración económica entre vuestros inquilinos. Hay también degeneración física. Vuestros inquilinos comen peor y menos que los inquilinos de vuestros abuelos. En aquellos tiempos se daba porotos o lentejas dos veces al día; ahora se da en vuestra hacienda sólo una vez al día.

Sabéis, Excelencia, que un hombre de trabajo muscular necesita cuarenta y cinco calorías por kilo de peso, sometido a una labor como la que hacen vuestros inquilinos. Yo no he hecho examinar en ningún laboratorio el número de calorías que es capaz de producir la ración cotidiana que se da en vuestra hacienda. Pero investigadores chilenos han demostrado científicamente que esta ración es insuficiente, en casi todo el país, para sostener la vida animal, sin degeneración física. Lo es

CUARENTA Y CINCO

CALORIAS

también en vuestra hacienda, con mayor razón que en otras.

Veis, Excelencia, que el cuadro económico y físico de la vida de vuestros inquilinos es desalentador. No se trata sólo de tener la bestia humana, el sub hombre, a vuestras órdenes, sino de que están allí todas las medidas tomadas para la perpetuación

OS VAN A ESTREMECER

de esa bestia, con tendencia a degenerar y no a progresar.

Mañana, Excelencia, investigaremos qué se hace en favor de la cultura de vuestros inquilinos y las revelaciones que tengo que hacer os van a estremecer.

7.

Ya habéis visto, Excelencia, que nada pueden esperar vuestros inquilinos, para su avance, del jornal misérrimo y en eterna decadencia, que se les paga en la ventanilla, con reja de fierro, de vuestro administrador. También habéis visto que esa bestia de vuestra hacienda, esa bestia humana, tiene que degenerar además físicamente porque no le dáis el mínimo de la alimentación que sus funciones orgánicas reclaman.

En vuestra hacienda, Excelencia, tenéis una dotación de ochocientas vacas lecheras. Estas vacas no representan el tipo más perfecto de la raza vacuna; pero es preciso confesar que las vacas que ahora tenéis son superiores a las vacas que debe haber tenido vuestro abuelo.

UN INQUILINO

EXCEPCIONAL

La raza vacuna, Excelencia, la raza caballar, la raza ovejuna, progresan en los campos de Chile; algo se han preocupado de ella los hacendados; pero la raza humana, la bestia humana del campo chileno, no progresa, Excelentísimo Señor.

Os he dicho que en vuestra hacienda saben vuestros inquilinos que Vos sois el Presidente de la República; pero me he encontrado muchas, muchísimas haciendas, donde el inquilino no sabe quién es el Presidente de nuestro país. En los Estados Unidos, Excelencia, he discutido muchas veces con los ínfimos labradores

del surco los programas de Roosevelt, de Taft, de Wilson. Vos sabéis que allá existe una democracia rural y aquí, en los campos, sólo tenemos un rebaño humano.

Mucho me extrañé, Excelencia, de encontrarme en los campos chilenos con un inquilino que parecía darse alguna cuenta de la lucha presidencial que conmovió al país recientemente. Me dijo que él era radical, y que era partidario de "Fieroga".

FIEROGA

Imagináos mi sorpresa al encontrarme en los campos de Chile con un rústico que se llama radical y que era partidario de Figueroa. Esto representaba para mí una observación completamente nueva. Quise penetrar más a fondo, saber por qué era partidario de Figueroa, si conocía su programa, y me contestó.

- Soy partidario de "Fieroga" porque sabe volar, señor.

- Creía aquel inquilino que el candidato a la presidencia era - no don Javier Angel Figueroa - sino el aviador Clodomiro Figueroa.

El inquilino chileno, Excelencia, está totalmente divorciado de la vida nacional. Pero, quién lo creyera, tiene hambre de incorporarse en esta vida nacional. Siente hambre de progreso. Tiene un deseo vehemente, vagamente expresado, de salir de su condición de bestia.

Para darme cuenta de las avenidas intelectuales que habéis abierto para vuestros inquilinos, era justo que yo fuera a la escuela de vuestra hacienda. Fuimos, Excelencia. La escuela de Camarico no es como las escuelas del campo de los Estados

LA ESCUELA ES UN RANCHO

Unidos. Es un rancho, Excelencia. Un simple rancho indigno de vuestra hacienda, e indigno del templo de la educación, donde deben forjarse las almas del porvenir.

Llamé a esa puerta para pedir un vaso de agua. Claro. Nosotros no podíamos llamar para matricularnos, ni para hacer una visita a la maestra de la escuela. Pero podíamos pedir un vaso de agua. Todo el mundo puede tener sed y pedir un sorbo de agua, Excelencia.

La maestra de vuestra escuela es una mujer joven, casada, morena. Su marido vive en Talca. Es bondadosa;

nos recibió con cariño. Nos dio agua, que fue a buscar ella personalmente. No sé como se llama; no le preguntamos. Pero se veía en su rostro que era una mujer buena. Oh Excelencia, si nos hubiera tratado con cariño, viéndonos en nuestros trajes de caballeros, no nos habría extrañado nada. Pero éramos parias, y nos convidó con un asiento y conversación.

- ¿Muchos niños aquí en esta escuela, señorita?

PAGA

CINCUENTA PESOS

- Ahora no, porque trabajan hasta los más chicos.
- ¿Aun los que tienen seis años?
- Sí, esos también. Es tiempo de faenas.
- ¿Este edificio es del Gobierno, señorita?
- No, de don Juan Luis. El Fisco le paga cincuenta

pesos mensuales de arriendo.

- ¿Le paga el Fisco cincuenta pesos mensuales de arriendo a su Excelencia por esta casita? No es posible, los hacendados con frecuencia dan gratuitamente el local para escuela.

- Don Juan Luis es muy apretado para la plata. A mí me dan la leche y la leña, sin embargo.

- ¿Pero le da algún sobresueldo, además de lo que le paga el Fisco?

- Ah, eso no.

Hubo un rato de silencio; cada instante de silencio,

ESTO DIJO,

EXCELENCIA

Excelencia, en estas ocasiones es para meditar hondamente. Después habló ella, y dijo algo que yo escuché atónito y que todo el país va a escuchar atónito.

- ¿Qué dijo?

- Esto dijo, Excelencia.

- Un día vinieron varios inquilinos a pedirme que les hiciera clases de noche; querían aprender. No tuvieron ocasión antes. No tenían tiempo en el día. Querían clases nocturnas. Me ofrecieron pagarme dos pesos al mes cada uno. Yo acepté. Se alcanzaron a juntar treinta y dos en mis clases. Venían con mucho gusto. Pero... tuve que cerrar esa escuela porque el visitador, después de hablar con el administrador de la hacienda, no le gustó la idea. Los inquilinos lo sintieron mucho, pero no

se pudo. A mi me sobraba voluntad, y a los inquilinos también, pero no se podía.

No se podía Excelencia. No se podía. Es claro, la bestia tiene que seguir siendo bestia. Bestia, bestia, hasta la consumación de los siglos. Si un destello de inteligencia brota en aquellas almas rústicas; si el paso del ferrocarril les dice algo más a ellos que a las vacas de vuestro fundo y enciende una chispa en sus cerebros, hay que apagarla; hay que buscar, Excelencia, toda el agua del océano, si es necesario, y apagarla. Sí, apagarla, apagarla, apagarla. Hay que perpetuar la bestia.

La vaca, Excelencia, debe mejorarse; que se mezcle su sangre con la de las vacas de la isla de Yersey o de Holanda. Darán más leche, y jamás levantarán la cerviz para reclamar derechos. Al sub hombre no se le debe mejorar porque se convierte en hombre, y el dictado de la conciencia impone órdenes que son reclamos.

Sigue siendo bestia, pobre inquilino, pobre hermano chileno; así nada dirás si el nieto de tu amo le paga un tercio al nieto tuyo, así como te pagan a tí un tercio de lo que le pagaron a tu abuelo. Tu suerte está sellada. Eres la bestia, y todo se

DAN GANAS DE LLORAR

combina para que la bestia se perpetúe hasta la consumación de los siglos.

Excelencia, Excelencia. el pan que yo como se me atraganta en el esófago. Se sufre; dan ganas de llorar. ¿No os pasa lo mismo, Excelentísimo Señor?

8.

Al declinar la tarde, Excelencia, nos encaminamos hacia la casa de vuestro administrador, en busca de trabajo. Pasamos por la cantina, por la taberna. Entramos.

No queríamos tomar chicha, ni chacolí, ni vino. No es que seamos temperantes, Excelencia; pero teníamos mucha sed y las bebidas alcohólicas no apagan la sed. Pedimos una sandía, una roja, jugosa sandía. Comiendo, conversamos.

- ¿Esta cantina es del fundo?

- No. Es particular de nosotros, nos contestó

la mujer.

- ¿No tiene cantina la hacienda, de propiedad del dueño?

- Sí.

- ¿Se bebe bastante, ah?

- Bastante.

Excelencia, esto lo sabéis Vos también como yo. Vuestro inquilino bebe, se emborracha, como lo hace el medio millón de inquilinos de Chile. Tiene que hacerlo, no por instinto,

PARTE DE VUESTRO NEGOCIO

no por afición fisiológica, sino por mandato imperioso de las condiciones en que vive, por su escasa alimentación, por la ruca desamparada en que duerme.

En algunas partes, Excelencia, muy pocas, el propietario ha pagado la patente de la cantina que legalmente puede establecerse en las vecindades del fundo para impedir que alguien la instale y para no instalarla él tampoco. En otras partes, como en el mineral de "El Teniente", se ha establecido la abstinencia obligatoria. En vuestra hacienda, Excelentísimo Señor, no ocurre nada de esto; en vuestra hacienda se fomenta el vicio de la bebida; este vicio es una parte de vuestro negocio.

Seguimos caminando, Excelencia y llegamos a la casa de vuestro administrador, don Ignacio Venegas. Una casa

NOS SENTAMOS EN EL SUELO

modestísima, tan modesta, tan miserable que yo creí se trataría de alguna casa de un humilde mayordomo.

Una anciana se sentaba en el corredor. Le hablamos.

- ¿Es aquí donde vive el señor administrador?

- Aquí

- ¿Podemos hablar con él?

La señora fue a avisarle. Le habló desde una ventanilla, con reja de fierro, sin duda la ventanilla a través de la cual se paga.

- Que esperen, pues, gritó con voz áspera.

Esperamos. Nos sentamos en el suelo.

Y esperamos y esperamos. Vuestro administrador no salía nunca.

Yo meditaba. Recordaba las tantas y tantas haciendas

que habfa visitado en mi gira, las muchas partes donde habfa sido invitado, las veces que se me habfa mandado coche, autom6vil, tren especial a6n, las botellas de champagne que se habfan abierto para obsequiarme. Ahora, visitando vuestra hacienda, pasaba una hora sentado en el suelo, esperando que vuestro administrador

NO HAY TRABAJO

quisiera oírnos. Era natural. Yo no podfa reclamar - no me creáis tan torpe, Excelencia - que se me recibiera a mí, como inquilino, con copas champañeras en la mano, en vuestra hacienda. Pero la verdad es que era dura la manera como el administrador nos gritó desde la ventanilla.

Al cabo apareció.

- No hay trabajo. ¿De dónde vienen?

- De Puerto Montt, ñor.

- No hay trabajo. Estamos despidiendo gente.

Hubiéramos querido quedarnos; pero no podfamos, Excelencia. Nos retiramos con paso lento, tristes; pero, sin duda, no tan tristes como han de retirarse esos vagabundos que van de hacienda en hacienda, ofreciendo sus brazos que ocupan por una corta temporada.

Y mientras nos retirábamnos, yo meditaba. Meditaba, Excelencia, en muchas cosas. En que vuestra hacienda si estuviera dividida en propiedades más pequeñas, tendrfa trabajo para muchos y producirfa veinte o treinta veces más. Pensaba en lo rutinariamente explotado que está vuestro campo, como lo está casi todo el campo chileno, hasta el extremo de que tiene que importar trigo el país para su propio consumo.

Y pensaba, Excelencia, en que ni siquiera pagan estas grandes propiedades los gravámenes municipales que corresponde pagar según la ley, para mejorar los caminos y atender a otros adelantos que se imponen con urgencia. Esta burla que se hace de la ley es uno de los factores que detiene la división de la propiedad.

Veamos, Excelencia. Me dicen que pedfs un millón y medio de pesos por vuestra hacienda. Los más pesimistas la tasan en un millón de pesos, aún dentro de la depreciación actual. Cuando la comprásteis, vuestra hacienda reconocfa una deuda hipotecaria de doscientos mil pesos, lo que significaba una tasación mínima de seiscientos mil pesos.

Sin embargo, vuestra hacienda está avaluada por la Municipalidad de Río Claro, para los efectos del pago de la

contribución, en cuatrocientos mil pesos. ¿Por qué, Excelencia? ¿Por qué no está avaluada en lo que vale? ¿Por qué ocurre una cosa análoga, si no peor, en todas las haciendas de Chile?

EN NUEVA ZELANDIA

Hay países, como Nueva Zelanda, donde la contribución por hectárea es tanto mayor cuanto más crecida es la hacienda, persiguiéndose con esto, Excelencia, la división automática de la propiedad. Aquí ocurre precisamente lo contrario: mientras más grande es la hacienda, más poder tiene el hacendado ante la Municipalidad respectiva para lograr una tasación embustera.

¿Por qué Vos, Excelentísimo Señor, que sois el Presidente de la República, no dais el ejemplo a todo el país y ordenáis a esa Municipalidad que tase honradamente vuestro fundo?

9.

Vos, Excelencia, conocéis la democracia rural norteamericana, conocéis el avance prodigioso de la vida ciudadana en los campos de Dinamarca. Sabéis que allá el cultivador del campo es propietario de una pequeña porción de terreno cultivada en la forma más moderna. Sabéis que cada uno de aquellos hogares es una bendición de Dios, que el padre recibe revistas agrícolas, que la hija ordeña las vacas y toca el piano, que cada casa tiene salón, baños, teléfono, coche o automóvil, que cada cultivador del campo es un ciudadano consciente de sus deberes y de sus derechos. Sabéis que en Dinamarca se han dictado leyes para facilitar la adquisición de una pequeña propiedad a todo el que esté dispuesto

UN PERIODO ALGIDO

a trabajarla. Un hombre puede comprar una propiedad hasta de valor de diez mil pesos chilenos para lo cual el Gobierno le presta, sin más garantía que la misma propiedad, nueve décimas partes del dinero necesario a un tipo de tres por ciento de interés.

Yo no tengo para qué hablaros, Excelencia - Vos debéis saberlo mejor que yo - de todas las medidas que toman los gobiernos europeos y norteamericano para llevar el progreso y la democracia del campo, para convertir al labrador del surco

en un hombre tan consciente como el de la ciudad. Ni tengo para qué repetiros, lo que ya os he mostrado en mis artículos anteriores, que en Chile se procede precisamente en sentido contrario, haciendo que todas las medidas tomadas al respecto converjan a lograr la perpetuación de la bestia humana en el campo chileno.

Excelencia, yo creo que estamos en un período álgido de la historia nacional, creo que estamos en un período análogo al que tuvo que enfrentar Lincoln cuando llegó la época

TENEMOS LA ESCLAVITUD

de la liberación de la esclavitud en la América del Norte. Nosotros tenemos la esclavitud en el campo chileno. La esclavitud; lisa y llanamente la esclavitud. Pero está llegando el momento de una transformación; está llegando la época de la liberación. ¿No lo sentís, Excelencia, con vuestra clara intuición para con los problemas sociales?

El inquilino, resignado, sumiso, ha soportado generaciones de esclavitud. Todas las medidas se han tomado para que no despierte la conciencia de esta bestia humana. Pero no hay arquitectos capaces, Excelencia, que construyan murallas para detener la expansión de las corrientes civilizadoras. El aura del progreso mece ya las espigas, y el inquilino despierta, mira con ojos inquietos hacia el porvenir y balucea el himno del progreso.

Y en este momento solemne, os corresponde una actuación de suprema responsabilidad. Tenéis que oír las palpitations del alma popular; tenéis que oír clamores, súplicas que más tarde pueden ser órdenes, imposiciones.

Ah, Excelentísimo Señor, tenéis el envidiable privilegio de poder aprovechar uno de los momentos más hermosos de la vida nacional, para hacer de Chile un gran país. Por todas

SUPREMA RESPONSABILIDAD

partes se oye la voz de la honradez, de la justicia. La conciencia ciudadana ha despertado. Las oportunidades son múltiples. La propia actual guerra continental os facilita vuestra labor. Chile está lleno de recursos naturales y de capacidades humanas. Le corresponde al estadista superior aprovechar todas estas felices coincidencias, que se agregan a la falta de competencia

en nuestros mercados de los países más evolucionados. Cada uno quiere allegar su capacidad; allí se hacen baños de fierro enlozado,

VUESTRAS PROPIAS IMPRESIONES

que jamás se hicieron en Chile; allá se hacen ampolletas de vidrio; por acá productos químicos; y debe hacerse papel, y explotarse intensamente el carbón y el fierro, y construirse barcos y locomotoras. Todas las capacidades técnicas deben reunirse para aprovechar este momento envidiable de la vida nacional. Y el campo debe transformarse, y la bestia del surco debe convertirse en hombre.

Excelentísimo Señor, LA OPINION es el vocero de las más intensas aspiraciones nacionales y quiere ir un momento a recoger vuestras propias impresiones. Os anuncia para hoy una visita y espera tengáis la amabilidad de recibirlo y hablarle. Habéis oído lo que tenían que decirnos vuestros inquilinos y los inquilinos de todo Chile por boca de un periodista. Ahora los inquilinos de todo Chile quieren, a su vez, oír lo que Vos, Excelentísimo Señor, tendréis que decirles por boca del mismo periodista.

10.

Por más de una semana, Excelentísimo Señor, os he estado hablando a nombre del medio millón de inquilinos que tiene nuestra patria, hablándoos de su miseria, su condición de sub hombres, de bestias, y de la combinación de circunstancias que convergen a la perpetuación de este denigrante estado hasta la consumación de los siglos.

Para oír de cerca el gemido de esta bestia humana fui, disfrazado de inquilino, con mi secretario, a vuestra propia hacienda, Excelentísimo Señor, y después de presentaros esa queja dolorida que ha oído todo el país, solicité de Vos, Excelencia, una entrevista para escuchar lo que tenéis que contestar a los sub hombres que pueblan nuestros campos.

WILSON Y VOS, EXCELENCIA

Y Vos, Excelentísimo Señor, me habéis hecho saber que no tenéis inconveniente en recibirme en visita personal, pero no en calidad de periodista, para no sentar el precedente de que

otros diarios os puedan solicitar más tarde nuevas entrevistas. Yo, personalmente, Excelencia, nada necesito deciros; no tengo el honor de ser vuestro amigo, y ninguna conversación privada deseo sostener con Vos. Era el secretario de una multitud, el periodista, el que desea hablaros, y Vos os negáis a escucharlo, como os habéis negado a que concurran a una escuela nocturna en vuestra propia hacienda, vuestros propios inquilinos.

Wilson, actual Presidente de los Estados Unidos, reserva una tarde de cada semana para recibir a todo periodista que desee conversar con él sobre problemas nacionales. El no cree que vaya contra su dignidad de Presidente el escuchar a los secretarios de las multitudes; más aún, él ha declarado que es ése un medio que tiene para comulgar con el sentir del pueblo.

Vos no lo creéis así, Excelencia, y pienso que al aceptar el recibirme a mí en forma privada y rechazar mi visita como periodista, me dispensáis un honor que no merezco, y habéis inferido al medio millón de inquilinos por cuya degradación tan eficazmente trabajáis, una ofensa que tampoco merecen.

OFENSA QUE NO MERECE

Os habéis mostrado, Excelencia, más pequeño que el Presidente de los Estados Unidos, y estáis rigiendo, sin embargo, los destinos de un pueblo que siente en su corazón y en su cerebro tanta grandeza como ese pueblo de los Estados Unidos.

Quiere decir que la nación escogió como primer mandatario a un hombre que no está a la altura de sus ideales, que no comprende sus anhelos, que no tiene ni corazón tan amplio, ni cerebro tan sólido como el del pueblo que lo elevó al supremo pedestal de la República.

El país ha tenido que pesar vuestros gestos, Excelencia. Habéis pedido un crédito especial en los Bancos para pagar de vuestro bolsillo a la policía, a los carabineros, al Ejército, a la Armada, y no habéis pedido un centavo para el maestro de escuela. Y al inquilino chileno no queréis contestarle siquiera sus gemidos lastimeros en nuestro palacio nacional.